



Aprendiz de Homero

Nélida Piñón. Trad. de M. Mira.

Alfaguara, 2008. 305 páginas, 20 euros

- (23/01/2009)

-



El título de este nuevo libro de Nélida Piñón (Río de Janeiro, 1937), tomado del último de los ensayos que lo componen, habla por sí mismo de una filiación que la escritora brasileña proyecta también sobre un reducido elenco de literatos: Virgilio, Dante, Camões, Cervantes, Borges e, invariablemente, su compatriota Machado de Assis. Otro ensayo que de nuevo desde su propio título -“Troya y Machado”- habla de aquel sincretismo de tradiciones literarias diversas se dedica a Esaú y Jacob, la memorable novela de quien es calificado como “el primer gran novelista de América Latina”. Piñón se ocupa asimismo de dos personajes cervantinos, Dulcinea y Sancho, haciendo un uso admirable del primero de ellos para dar rienda suelta a su elaborada, y nada doctrinaria, teoría feminista de la literatura narrativa. Y no desdena rendir homenaje a tres escritores vivos con los que comparte la primacía latinoamericana: García Márquez, Fuentes y Vargas Llosa. Tampoco renuncia a volver sobre su propia obra, para ofrecernos sendas lecturas de *A doce canção de Caetana* y *A república dos sonhos*.

En *Aprendiz de Homero* encontrará el lector, así, algo más que una mera recopilación de textos dispersos, alguno de ellos escritos para ocasiones singulares como la recepción del premio Menéndez Pelayo o el ingreso en la Academia brasileña de Filosofía. Muy al contrario, la unidad del discurso está plenamente lograda gracias a la fusión de una serie de registros cada uno de los cuales nos ilumina una faceta fundamental de la personalidad de Nélida Piñón. Se trata, pues, de un libro en el que la autobiografía lo envuelve todo: los juicios literarios de la autora, su poética novelística, la formulación de su propia perspectiva feminista, y el reconocimiento de sus deudas intelectuales y de sus vínculos afectivos, tan certeramente expresados en capítulos como “El Brasil es mi morada” o “Galicia: la nostalgia de las palabras”. Todo ello, además, con un estilo, entre narrativo y discursivo, inconfundible. Sus ensayos funden en un mismo crisol las ideas y los sentimientos, y lo expresan todo en un tono de confidencialidad casi oral que seduce invariablemente al lector.

Tengo para mí *Aprendiz de Homero* como una de las aportaciones más convincentes a la reivindicación filosófica del cosmopolitismo como la ética de la identidad en un mundo de extraños, por decirlo en palabras del anglo-ghanés K. A. Appiah. En su pensamiento, como en el de Piñón, resuenan los ecos de C. M. Wieland, para quien los cosmopolitas auténticos eran los que veían en todos los pueblos de la tierra otras tantas ramas de una familia única, y el mundo se les figuraba como una inmensa república de ciudadanos iguales.